

ARTICULOS

FMLN, EL LIMITE INSUPERABLE

Ignacio Ellacuría

RESUMEN

El artículo explica por qué el gobierno de Duarte, de ideología y palabrería democristiana, se ha convertido en objetivo constante del ataque propagandístico y del ataque táctico del FMLN. El autor sostiene que tanto si el FMLN tiene éxito como si no lo tiene, se ha convertido en la tumba del proyecto democristiano, el cual a medida que la guerra se prolonga se hace más inmediatamente contrainsurgente y norteamericano. Por ello, si bien el FMLN ha sido el causante indirecto e involuntario del triunfo electoral del PDC es también teórica y prácticamente, el obstáculo principal para su triunfo real y constituye un límite insuperable en las actuales circunstancias.

El triunfo electoral del PDC se debe en gran parte a la presencia y a la eficacia del FMLN en el panorama salvadoreño. Un país acostumbrado a votar hacia la derecha, con o sin fraude, ha sido empujado a votar hacia el centro democristiano para quitar base popular al FMLN a través de una propaganda populista y de unas reformas estructurales, que teóricamente golpearán a la oligarquía capitalista, causante última de la protesta popular y de las condiciones objetivas de una revolución marxista. Si no existiera el peligro de triunfo del FMLN, el gobierno norteamericano no hubiera propulsado el triunfo democristiano, como representante de un centro que asumiría la necesidad de una mayor justicia social sin caer en el otro extremo de un gobierno marxista. Pero este causante indirecto e involuntario del triunfo electoral del PDC es también teórica y prácticamente, el obstáculo principal para su triunfo real y constituye un límite insuperable en las actuales circunstancias.

1. El FMLN, obstáculo principal del proyecto democristiano

Así lo ve el propio PDC y el gobierno. En un comunicado reciente, el Ministerio de Cultura y Comunicaciones pedía la unidad de los partidos políticos, las asociaciones gremiales y 'todos los sectores' para combatir unidos al FMLN, considerando que es mucho más lo que los une entre sí que lo que los separa del FMLN. Ya no se trata de concebirse a sí mismo como un centro equidistante de dos extremos; más bien se trata de pedir la no beligerancia de los sectores más extremos de derecha e incluso de pedir su colaboración, para derrotar al enemigo principal, el FMLN.

También, el FMLN insiste en ver al gobierno de la democracia cristiana, al gobierno de Duarte, como el enemigo inmediato principal contra el cual deben darse los golpes más fuertes. Tanto en el terreno político nacional como internacional, el gobierno de Duarte juega para el

El FMLN no está tanto en contra del PDC en sí, sino del papel que el PDC y su gobierno desempeñan en el plan de contrainsurgencia norteamericano.

FMLN el papel central del plan contrainsurgente. De ahí que el enemigo al cual pretende derrotar el frente revolucionario sea el actual régimen salvadoreño y su Fuerza Armada, puesto que la oligarquía nacional está de momento acallada por los movimientos de la estrategia norteamericana. Cuando el FMLN considera que hay para El Salvador un plan de contrainsurgencia proyectado e impulsado por el gobierno de Reagan, en este momento su enemigo principal, cada uno de los elementos que intervienen en él, cobran su importancia según el lugar que ocupen en ese plan. Y en ese plan el gobierno de Duarte ocupa para el FMLN el lugar político principal así como la Fuerza Armada ocupa el lugar militar principal.

No es, por tanto, que el FMLN vea al PDC y a la ideología democristiana como su enemigo principal. Algunos de sus miembros no olvidan la antigua alianza en las elecciones de 1972 y 1977 con el PDC, donde se alinearon juntos contra los partidos de derechas, los regímenes militares y los grandes intereses económicos. Dicho de otro modo, el FMLN no está tanto en contra del PDC en sí, sino del papel que el PDC y su gobierno desempeñan en el plan de contrainsurgencia norteamericano. No hay duda, por ejemplo, que una buena parte de los sectores populares que votan por la democracia cristiana pueden ser simpatizantes potenciales del FMLN de modo que entre simpatizantes de uno y otra no siempre hay una separación estricta. El PDC se ha presentado en El Salvador como un partido de clases medias apoyado en las necesidades populares y en la simpatía popular para luchar contra los partidos que defendían intereses oligárquicos. No en vano la propaganda de los partidos de derecha en contra del PDC se ha basado hasta ahora en que tras el comunitarismo de los democristianos se escondía el comunismo, el izquierdismo totalitarista el cual iría a terminar con toda la empresa privada. Esto se debía sin duda a la torpeza histórica de la derecha salvadoreña, pero mostraba la inquina de los sectores oligárquicos y de los grandes empresarios contra el duartismo populista de la democracia cristiana.

De dos maneras el gobierno de Duarte se ha convertido, sin embargo, en el enemigo inme-

diato principal. La primera en cuanto legitima el proyecto norteamericano de contrainsurgencia, al ser un gobierno elegido democráticamente el cual dice pretender gobernar democráticamente; la segunda, en cuanto, dentro de ese proyecto general, tiene capacidad por su populismo y sus medidas reformistas de captar el apoyo potencial del FMLN entre grandes masas de la población. Sí, además, el gobierno de Duarte triunfara en su gestión económica, estarían dadas las condiciones más adversas para un triunfo revolucionario.

Con ello entra el gobierno de Duarte en una dinámica contradictoria; para impulsar su ideología populista y reformista tiene que apoyarse en la intervención norteamericana. Por lo primero podría convertirse en un aliado del FMLN (es el caso del pariente ideológico cercano que es el FDR), pero por lo segundo se convierte de hecho en su enemigo. Como el primer aspecto es, en la actual coyuntura, más débil que el segundo y subordinado a él, queda anulado por éste. Ahora bien, como el proyecto contrainsurgente está orientado no contra los sectores oligárquicos, sino contra los sectores revolucionarios, resulta que el gobierno de Duarte, al someterse a este proyecto, se sitúa no contra los sectores oligárquicos, sino contra los sectores revolucionarios; no es ni siquiera el centro entre dos extremas, sino la alternativa moderada de una de las extremas. El gobierno de Duarte ve bien que su fuerza principal está en el apoyo del gobierno de Reagan, por lo que se somete a su dinámica principal la cual es la de aplastar o, al menos, la de emascular el movimiento revolucionario.

De ahí que el FMLN se contituya en el obstáculo principal del proyecto democristiano no sólo en lo que éste tiene de instrumento privilegiado del proyecto reaganiano, sino también en lo que tiene de instrumento reformista, pues éste aspecto está subordinado al anterior. El FMLN se olvidará en esta etapa de si ese proyecto debilita o no la fuerza de la oligarquía, su enemigo teórico principal, y atenderá tan sólo a que, de hecho, refuerza a su enemigo práctico principal: el imperialismo norteamericano. La razón de ello está en que si fracasa el movimiento revolucionario, al cual se debe indirectamente el triunfo del

PDC, la oligarquía, más o menos modernizada, volverá a tomar las riendas totales del poder económico, político y militar, cuando teóricamente al menos podría pensarse, sin intervención norteamericana, en una alianza del FMLN con el PDC para terminar con las estructuras oligárquicas y con la posibilidad de su restauración. Así se explica por qué el gobierno de Duarte, de ideología y palabrería democristiana, se ha convertido en objeto constante del ataque propagandístico y del ataque táctico del FMLN.

Con ello se impide el éxito del proyecto democristiano. Porque si el ataque del FMLN no tiene éxito, lo que triunfará no es la ideología democristiana, sino el proyecto contrainsurgente, aunque moderado accidentalmente por lo que aquella pueda influir sobre éste. Y si el ataque del FMLN tiene éxito, fracasará, junto con el proyecto contrainsurgente, la ideología y los hombres que se pusieron a su servicio. En este sentido, el FMLN se constituye de hecho en la tumba del proyecto democristiano, el cual, a medida que se prolonge la guerra, se hará cada vez más irremediamente contrainsurgente.

2. La guerra total del FMLN contra el proyecto contrainsurgente del gobierno de Duarte

En cuanto el gobierno de Duarte es parte principal del proyecto de contrainsurgencia va a convertirse en objetivo principal también de lo que pudiéramos llamar una guerra total. El FMLN va a tomar todo el proyecto como una unidad y lo va a golpear como unidad total, pero al mismo tiempo lo va a golpear en lo que son sus partes fundamentales.



El proyecto de contrainsurgencia tiene, ante todo, un carácter estrictamente militar, al cual se subordina todo lo demás. El FMLN respondió a este proyecto, en lo que tiene de militar, con una nueva estrategia que ha echado a andar desde junio de 1984 y que todavía no ha llegado a la plenitud de su efectividad. Algunos analistas precipitados, al atenerse sólo a la desconcentración de los grandes ejércitos revolucionarios que ya no daban grandes batallas y a los menores resultados en bajas, prisioneros, armamento requisado, llegaron a la conclusión de que ya había empezado el declive del FMLN, lo cual le llevará antes o después a la derrota final. El FMLN, al contrario, piensa que se trata tan sólo de una nueva estrategia, la cual supone un salto cualitativo en la lucha armada, cuyos frutos políticos y estrictamente militares se verán pronto. El FMLN piensa llevar en este período las acciones bélicas a todo el país y en la totalidad del país a más objetivos que los estrictamente militares. En esta nueva etapa se van a combinar fuertes acciones de guerra regular —el ataque al cuartel de CEMFA sería una prueba fehaciente de ello— con permanentes acciones de guerra irregular, de guerra de guerrilla, que irían ocasionando un profundo y extenso desgaste material y moral a los combatientes de la Fuerza Armada —lo cual en el mes de octubre quedaría comprobado por las más de 600 bajas que le habría hecho, según el FMLN (447 según COPREFA)— lo cual la dejaría en desventaja manifiesta. No sólo se va a combatir, por medio de emboscadas activas, a las grandes concentraciones móviles con que la Fuerza Armada ataca la zona de retaguardia del FMLN, y no sólo se van a atacar posiciones que defienden accesos a ciudades y puntos importantes de las carreteras, sino que se va a tratar de llegar a puntos vitales en las grandes ciudades o a puntos vitales en la economía, a pesar de estar protegidos con bastante tropa. Las dos primeras fases se van notando cada vez más, pero también la tercera se empieza a hacer notar, no sólo con ataques como los de la Zona Rosa, sino con ataques en Santa Ana, San Miguel, Zacatecoluca, etc. La guerra se extiende, deja de ser puntual y lo abarca todo. No hay dispersión incontrolada, sino una nueva estrategia, cuyos resultados están por verse, pero sobre los cuales el FMLN muestra una gran confianza. Esta confianza se basa en el análisis de sus propias fuerzas y también en los buenos efectos obtenidos durante los meses en los cuales se ha mantenido la nueva estrategia, a pesar de que el escalonamiento en su implementación por par-

La razón del sabotaje económico del FMLN no está en lo que suele decir la propaganda revolucionaria, sino en que el desarrollo económico podría alienarle las masas trabajadoras.

te de los diferentes grupos que componen el FMLN ha limitado su efectividad y aun ha originado algunos retrocesos parciales.

El proyecto de contrainsurgencia pretende, en segundo lugar, un desarrollo económico, cuyos frutos podrían llegar a una gran parte de la población, con lo cual disminuiría el descontento popular y se superarían los desajustes en el funcionamiento del sistema. El FMLN piensa que este desarrollo económico es imposible en las circunstancias actuales en las cuales gran parte del presupuesto nacional —no menos de un 40 por ciento— va directa o indirectamente a sostener el aparato militar y la guerra. Pero es que, además, ese presunto desarrollo económico está pensado desde la empresa privada con lo cual las medidas más favorecen a ésta que a los trabajadores. Por otra parte, las exigencias del FMI, las cuales cada vez se harán notar más, repercutirán sobre los beneficios sociales y golpearán sobre todo a los de menores recursos. Aún así, el FMLN no dejará seguir su curso a este proceso de deterioro, sino que implementará un esfuerzo grande de sabotaje para echar por los suelos toda posibilidad de desarrollo económico. El sabotaje a la economía nacional es una de las armas principales y estratégicas de la lucha del FMLN contra el proyecto contrainsurgente. La razón de este sabotaje no está en lo que suele decir la propaganda revolucionaria de que con ello se quitan recursos para la guerra sino en que el desarrollo económico podría alienarle las masas trabajadoras, que verían su propia mejora y superación bajo el gobierno democristiano. Las radios rebeldes no cesan de justificar este sabotaje a la economía y las cifras que dan sobre el proceso de destrucción de la infraestructura y de las cosechas son cada vez más significativas. La energía eléctrica es sistemáticamente golpeada de modo que grandes zonas del país pasan habitualmente sin ella y en todas las zonas del país se siente eventualmente su falta; se dan constantes paralizaciones del tráfico con alto índice de efectividad en buena parte de la zona oriental, paracentral y norte del país, tanto por carretera como por ferrocarril el cual está prácticamente paralizado. Los daños a las cosechas no son de momento tan grandes y a ellos no son ajenos tampoco los bombardeos y

las quemas que hace la Fuerza Armada, pero están en la línea de mira y probablemente irán en aumento notorio. Las comunicaciones telefónicas también han recibido golpes, pero de menor efectividad o de más fácil recuperación. Si se junta a las dificultades estructurales y coyunturales —nacionales e internacionales— de la economía salvadoreña y a su carácter de economía de guerra que detrae recursos para el desarrollo y los multiplica para la destrucción, el esfuerzo suplementario del FMLN para destruir sistemáticamente esa economía, se llega a la conclusión de que este segundo aspecto del proyecto contrainsurgente tiene pocas posibilidades de alcanzar resultados mínimamente satisfactorios.

El proyecto contrainsurgente, en tercer lugar, busca el apoyo de las masas o, al menos, la tranquilidad de las masas, de modo que se supere no sólo el peligro de una insurrección popular que se aliase con el esfuerzo militar del FMLN, sino incluso el peligro de desestabilización social, especialmente en el sector laboral productivo, pero también en otros sectores bajos de la población los cuales pudieran producir una desestabilización política. Este apoyo y/o tranquilidad de las masas se pretende lograr por una disminución, calificada en la violación de los derechos humanos, por un desarrollo económico o, al menos, por medidas de emergencia que salven en alguna medida el poder adquisitivo de los salarios y por el fortalecimiento de organizaciones sociales y laborales que estén en la línea de la democracia cristiana. Esto tiene sus dificultades intrínsecas, de las cuales la principal es el descontento laboral y, en general, el descontento poblacional por el deterioro permanente y rápido de las condiciones de vida. Pero es que, además, el FMLN empieza de nuevo a disputar al PDC el sector de masas. Hay también aquí un cambio estratégico en la conducta del movimiento revolucionario. Después del abandono del trabajo con las masas urbanas, debido tanto a la represión de los años 1980-1982 como al excesivo militarismo impulsado por la dirigencia del FMLN, se ha comprendido de nuevo que sin el apoyo de las masas, no sólo no es posible un triunfo político, sino que ni siquiera es posible un desbalance positivo en lo militar. En este momento en el cual el planteamiento

to militar del FMLN dispersa sus propias fuerzas militares por todo el territorio nacional, se pretende que cada uno de los combatientes militares se convierta también en combatiente político, en concientizador y aglutinador de las masas para que éstas se reincorporen a la lucha laboral reivindicativa, a la lucha política desestabilizadora, a la lucha insurreccional y también a la lucha guerrillera urbana. Los efectos de esta nueva estrategia no se han dejado sentir todavía de forma notoria. No se puede decir que todavía el descontento laboral, patentizado en una serie constante de huelgas y de protestas, las cuales reciben incluso el apoyo de organizaciones simpatizantes de la democracia cristiana y poco simpatizantes del FMLN —casos de UPD, CTS, UCS, etc.— sea resultado de la nueva estrategia revolucionaria, cuando lo es más bien resultado de las condiciones objetivas y de una cierta disminución del terrorismo, pero es un nuevo despertar, visto con mucha simpatía y optimismo por el FMLN, el cual se apresta a convertirse en vanguardia del descontento popular. Aquí también el FMLN le va a dar una dura batalla al gobierno de Duarte, al cual va a hacerle sumamente difícil una gestión que de por sí está ya llena de problemas.

Además de estas tres líneas estratégicas en las que se quiere combatir contra el proyecto contrainsurgente, se anuncian también de palabra y hecho ataques contra dirigentes y funcionarios del partido demócrata cristiano y del gobierno, los cuales pueden entrar ya en el ámbito del "terrorismo." El secuestro de la hija del presidente Duarte puede no ser tan sólo una medida coyuntural para liberar a presos muy importantes, sino una línea de acción, la cual demuestra hasta qué punto el FMLN está dispuesto a hacer la guerra total al gobierno de Duarte y al Partido Demócrata Cristiano. Las consideraciones de orden político internacional pasan a segundo plano ante las de efectividad contra quien el FMLN considera su enemigo principal en este momento; así ocurrió en el caso del secuestro de la hija del presidente y así puede ocurrir en otro tipo de acciones, que no sólo van a ir dirigidas a *marines*, asesores norteamericanos, militares salvadoreños, sino también a funcionarios del gobierno.

El FMLN piensa que a no muy larga distancia esta reacomodación de su estrategia le va a dar resultados considerables, los cuales lo aproximarían a la posibilidad de una ofensiva estratégica total y con ello lo llevaría a las puertas del triunfo y del poder. Tal pensamiento puede parecer demasiado optimista no sólo a corto plazo, sino probablemente considerando el plazo de los casi cuatro años que restan a la presidencia de Duarte. Pero si no es lo más probable su triunfo, no deja de ser muy probable que su renovada acción impida conseguir algún resultado apreciable desde un punto de vista positivo al gobierno de Duarte. El FMLN no se impondrá y con ello quedará cumplida provisionalmente la parte central del proyecto de contrainsurgencia, pero no quedará superada ni anulada siquiera la fuerza insurgente. Incluso es posible que haya retrocesos en el proyecto de democratización con vuelta más clara a la violación de los derechos humanos para tratar de detener la marea revolucionaria.

3. ¿Queda espacio para el diálogo en esta confrontación?

El diálogo no es un elemento estratégico principal ni en el proyecto de contrainsurgencia ni en el plan de lucha del FMLN. Tanto el gobierno como el FMLN hablan de él y lo proponen, pero ambos lo dificultan con sus acciones y aun con sus planteamientos encontrados. Ambos se acusan mutuamente de entorpecerlo y ambos han conseguido que, tras las dos reuniones de La Palma y Ayagualo, se haya empantanado por un año. El mini-diálogo tenido entre el FMLN y el gobierno, ante la presencia de la Iglesia, con ocasión del canje de prisioneros y secuestrados y de la evacuación de lisiados, no es en sí mismo continuación del diálogo general, aunque dibuja algunas condiciones en que éste sería posible.

El FMLN no subordina su estrategia general revolucionaria al diálogo, sino que subordina éste a aquélla. No se tomarán decisiones de acelerar el ritmo militar o la violencia revolucionaria para obligar al diálogo ni tampoco se desacelerarán esas medidas para facilitarlas. Incluso se mira al diálogo en definitiva como un instrumento para

En las actuales circunstancias es irrealizable un diálogo total porque los intereses y los planteamientos están distanciados y contrapuestos y porque ambas partes confían todavía en sus propias fuerzas para vencer definitivamente al adversario.

terminar con el elemento esencial del proyecto contrainsurgente que es la intervención norteamericana; con él se busca rebajar la escalada intervencionista hasta llegar al cese total de la injerencia del imperialismo en el conflicto salvadoreño para lograr así la preservación de la independencia, su recuperación y el aseguramiento de la autodeterminación del pueblo. Sin la injerencia norteamericana las fuerzas nacionales ocuparán cada una el lugar que les corresponde y así se podrá llegar a una solución justa, fruto de un acuerdo nacional. Se busca, pues el diálogo tanto cuanto ayude a romper el proyecto contrainsurgente. Y esto lo hace sumamente difícil porque para el gobierno y para su mentor, el gobierno de Reagan, es esencial el proyecto contrainsurgente y en él no puede faltar una creciente intervención norteamericana, que sin llegar a la presencia física de los *marines*, mantenga en control la situación militar y también la situación política.

De ahí que no sea sólo el FMLN el que haga objetivamente difícil el diálogo. También lo hace objetivamente difícil el gobierno. Sólo la extrema derecha dice públicamente ser contraria a todo diálogo con el FMLN, pero el diálogo que quiere el FMLN no tiene los mismos objetivos que el que quiere el gobierno, con lo cual ambas partes parecen estar hablando de cosas distintas, cuando hablan del mismo diálogo. El objetivo del diálogo para el gobierno es lograr que el FMLN abandone la lucha militar y mantenga sus aspiraciones revolucionarias sólo con armas políticas; al ocurrir esto podría retirarse la injerencia norteamericana y así la disputa del poder quedaría en manos salvadoreñas. El FMLN, por el contrario, sostiene que sólo la previa salida de los norteamericanos pondría la disputa en manos salvadoreñas, cuando el gobierno piensa que, si se acaba con la presencia norteamericana, el poder pasaría no democrática, sino violentamente a manos del FMLN, ayudado antes y ahora por el bloque soviético a través de Cuba y Nicaragua. El gobierno querría el diálogo para asegurar el desarrollo económico y la concordia nacional, pero no lo quiere como instrumento para abandonar su ventaja y su poder militar. Al ser la perspectiva militar el elemento actualmente más importante de su subsistencia y de su proyecto, no puede subordinar el desarrollo económico y la concordia nacional al triunfo militar o, al menos, a la aproximación de un triunfo militar, que obligara a la otra parte a un arreglo negociado, que le dejaría muy lejos de llegar a alcanzar el poder.



Todo ello hace que en las actuales circunstancias sea irrealizable un diálogo total, esto es, un diálogo que llevara a un arreglo del conflicto y a un proyecto convergente para el futuro de El Salvador. No es sólo que los intereses y los planteamientos estén, más que distanciados, contrapuestos, sino que ambas partes en conflicto confían todavía en sus propias fuerzas, si no para vencer definitivamente al adversario, si para mejorar su posición relativa respecto de él. Obviamente alguna de las partes se equivoca, cuando no las dos, pero el hecho es que así perciben su situación. El gobierno piensa que ha mejorado su situación militar y su apoyo popular, el FMLN piensa que su situación militar no ha empeorado, sino que está en trance de mejorar cualitativamente y que cada vez sera mayor y más intenso el apoyo popular. Consiguientemente, el conflicto no sólo continúa, sino que se agudiza y se extiende, mientras el diálogo total cuenta consiguientemente con peores perspectivas.

Porque ni siquiera se prevé una situación a corta distancia, en la cual el conflicto se agrave hasta tal punto que sus costos parezcan insostenibles a ambas partes. No se percibe una situación en la cual una de las partes, viendo próximo el abismo de la derrota, se apresure a asegurar en la mesa del diálogo lo que ve a punto de perderse en el campo de batalla. Pero tampoco se percibe una situación en la cual a la suma de los costos de la guerra se le añada la convicción de que su prolongación indefinida no llevará al triunfo ni siquiera a un desnivel definitivo. Se sigue viendo la guerra como un instrumento costoso, pero de momento el más útil para llevar ade-

lante el propio proyecto; sin las armas de la guerra en sus manos, ninguna de las partes se considera segura, antes se considera víctima indefensa de la otra. De nada sirve recontar una y otra vez los sufrimientos del pueblo y de nada sirve insistir en que objetivamente se está destruyendo el país hasta tal punto que su recuperación se hace cada vez más difícil hasta acercarse ya a los linderos de lo imposible. La parte gubernamental piensa que una especie de plan Marshall, después del triunfo contra el FMLN, abrirá un futuro de desarrollo para el país; el FMLN no ha calculado lo que se necesita ni han tenido tiempo para pensar quién le va a ayudar a sacar este país de las cenizas de una guerra prolongada. Ninguna de las partes, sin embargo, está pronta a terminar con la guerra ni por razón de los costos humanos ni por razón del futuro muerto. Ambas partes quieren el poder y justifican de distinta forma su posición. Y así el diálogo total es imposible.

No lo es, sin embargo, el diálogo parcial, es decir, aquel diálogo, cuyo objetivo inmediato no es el arreglo del conflicto total, sino de algunos aspectos de ese conflicto, que lo hagan menos



destruictivo y menos deshumanizador. La humanización del conflicto no supondría su institucionalización y prolongación, sino sería tan sólo la primera etapa del diálogo que podría posibilitar avanzar en él hacia lo que serían soluciones de más amplio alcance dirigidas a la resolución final. El FMLN ha anunciado últimamente una nueva propuesta de diálogo, la cual todavía no se conoce en todos sus detalles. Con ocasión del foro organizado por el PCN los días 26, 27 y 28 de noviembre hizo llegar un nuevo documento bastante razonado y articulado que, dentro de un marco general, propone algunas medidas parciales, tales como la supresión del abastecimiento externo militar de ambas fuerzas beligerantes, la discusión del sabotaje a la economía de guerra, el rechazo del financiamiento militar norteamericano, entre otras. Todas ellas tocan puntos fundamentales que podrían facilitar el arreglo negociado, pero que precisamente por su fundamentalidad presentan graves dificultades para la parte gubernamental. También ofrecen grandes dificultades sus propuestas ya antiguas de lograr un gobierno conjunto, un ejército nuevo a partir de los existentes y unas nuevas elecciones. El FMLN argumenta con fuerza sobre la necesidad de todas estas medidas, pero la fuerza lógica no lleva consigo la viabilidad real.

Quizá por ello haya que insistir en el diálogo parcial y gradual parcial en los pasos —ya el FMLN hablaba en Ayagualo de fases— pero total en el horizonte y en el propósito final; gradual en cada uno de los pasos, pero con una gradualidad incesante. En este sentido los problemas de la humanización del conflicto, entendida en toda su amplitud, podrían hacer avanzar el proceso total del diálogo y podrían significar mejoras notables para el pueblo, más pobres. La humanización de la guerra con abandono de toda práctica terrorista y, positivamente, con el respeto máximo a la población civil y a sus bienes así como a heridos y prisioneros, no sólo sería un bien en sí, sino que llevaría a la humanización de las actitudes y con ella a la aproximación afectiva de los contendientes. El cese de los ataques a todo aquello que supusiera un deterioro de las condiciones económicas de la población y a proyectos de desarrollo que fortalecieran no a los grandes empresarios, sino al grueso de la población, pudiera permitir ir sentando las bases de una economía pujante orientada a satisfacer las necesidades básicas de la población. Asegurar los espacios políticos para que las masas populares pu-

Probablemente, al terminar su período presidencial Duarte tendrá que ceder la fachada del gobierno y del poder a una coalición de partidos de derecha. Triste balance para un partido político democristiano.

dieran hacer sentir su peso real, sea a través de las propias organizaciones populares, sea a través de sindicatos, cooperativas, etc., iría preparando el campo para una profunda democratización y participación que fuera mucho más allá del rito electoral. Avances en estas líneas irían dejando sin sentido a la violencia y permitirían un acercamiento a los problemas de fondo.

¿Podrá hacer esto el gobierno de Duarte? Si no lo logra hacer, Duarte acabará su presidencia sin haber resuelto el impedimento fundamental del desarrollo democrático del país en lo económico y en lo político. En este momento, lo más probable es que no lo logre hacer. Conseguirá con ello que el FMLN no triunfe militarmente, conseguirá tal vez detener el colapso económico y con ello impedirá que el descontento popular se llegue a convertir en insurrección popular. Son metas que pueden resultar suficientes para el gobierno de Reagan, pero no son metas suficientes para el pueblo salvadoreño. Y como no lo son, es probable que, al terminar su período presidencial, tenga que ceder la fachada del gobierno y

del poder a una coalición de partidos de derecha con lo cual se habrá demostrado que el proyecto democristiano, sometido al proyecto reaganiano, entra en contradicciones manifiestas, las cuales lo llevarán al fracaso. Tras este período, el país quedará más destrozado, el conflicto será más fuerte, la dependencia del gobierno norteamericano más grande e insoluble, el futuro más oscuro. Puede que el formalismo democrático continúe y es probable que no haya sucumbido el empuje revolucionario. Triste balance para un partido político que dice tener una inspiración cristiana.

Sólo la profundización del diálogo podría llevar al gobierno de Duarte por otro camino. El camino de la liberación del pueblo salvadoreño pasa por la liberación de la oligarquía y de la injerencia norteamericana. Y esto no se puede lograr sin negociar con el FMLN. El FMLN tiene en esto también una gran responsabilidad. Pero las responsabilidades del FMLN no son el objeto de este artículo.

Noviembre de 1985.